



CANTO RODADO
ANA GAITERO

BLANCO SOBRE NEGRO

Parece que fue ayer y han pasado 25 años. Cuando llegamos al pozo Calderón, en Villager de Laciana, ya era de noche. Teresa y yo entramos en la jaula acompañadas del vigilante y sentimos el aire frío que subía desde el interior de la mina de carbón.

El crujido de los hierros rasgaba el silencio denso mientras descendíamos lentamente a 400 metros de profundidad. Íbamos a ver a los encerrados: Luciano, Enrique, Guillermo, Bruzos, José Luis, Adolfo, Lastra y Alfredo. Ocho dirigentes sindicales que llevaban más de dos semanas sin ver el sol.

La humedad y el gesto recio de sus rostros nos recibieron al entrar en el taller convertido en morada. Poco a poco se fue rompiendo el hielo. Charlamos y nos enseñaron cómo vivían. Nos dijeron que estaban dispuestos a aguantar mucho más. Y era verdad. Allí pasaron 52 días que eran siempre de noche. Desde abajo dirigieron el rumbo de los acontecimientos.

No nos lo dijeron, pero ya lo tenían planeado. La marcha negra ya estaba en marcha. Ayer volvimos al pozo. Y nevaba sobre Laciana como hace 25 años. Fuimos por el camino que tantas veces recorrieron los mineros para ir al pozo de Villager de Laciana. Por la misma senda que hace 25 años discurrió la verdadera última etapa de la marcha negra. El día en que, tras ser abrazados en Madrid, los mineros y las gentes del valle fueron a sacar a los encerrados del pozo.

Fuimos porque hay que recordar (y celebrar) las luchas. Para rendir homenaje a aquellos hombres y aquellas mujeres que tuvieron el coraje y la valentía de unirse a sabiendas de que, como escribió Zola, «un obrero solo no es nada; y unido a otros es una fuerza descomunal». Fuimos porque no era solo el pozo María, ni era sola la MSP ni era solo el valle de Laciana. Era la minería del carbón nacional y la economía de León lo que estaba en juego. Fuimos a pesar que dolía cada paso la



VINO LA NIEVE A RECORDAR QUE HACE 25 AÑOS LACIANA EN LUCHA ESCRIBIÓ UNA PÁGINA DE DIGNIDAD BLANCO SOBRE NEGRO Y PARA DECIRLE AL VALLE: NO TE RINDAS

situación dramática del valle, aunque lo disimuláramos. Fuimos para agradecerles la lección de dignidad.

Fuimos porque la lucha se aprende y se transmite de generación en generación como una antorcha. Porque los mineros han sido y son picadores de luz en el largo invierno del capitalismo. Porque sabemos que hay que sembrar semillas para recoger cosechas. Fuimos porque a Laciana la han conseguido dejar sin minas y diezmar de gente. Fuimos porque la comarca no se merece perder también la memoria.

Fuimos porque el valle necesita un nuevo rumbo y confiar en su territorio. Fuimos porque sabemos que España está en deuda con las cuencas mineras y con León por el inmenso caudal de energía que ha salido del vientre de su tierra y del sudor y la sangre de los mineros. Fuimos porque queremos que la Junta de Castilla y León devuelva la esperanza a esta tierra con las inversiones justas para mantener los servicios e incentivar la creación de nuevos yacimientos de empleo. Herrera está a tiempo de dar una vuelta por Laciana.

Fuimos al pozo para salir del pozo del desánimo. Para recordar que el carbón de importación que pisotea la comarca también está machado con la injusticia sobre quienes lo arrancan sin derechos y con salarios de esclavitud. Fuimos porque el último derecho que nos quieren arrebatar es el de la lucha.

Por todo esto fuimos. Y para decirle a Laciana, con versos de Mario Benedetti: «No te rindas, aun estas a tiempo de alcanzar y comenzar de nuevo».

No quieren que lo sepamos, pero la lucha es el camino. Hace 25 años 'Laciana en lucha' escribió una página de dignidad blanco sobre negro. Y ayer volvió a nevar sobre la comarca. Por si alguien creía que las luchas se pueden olvidar, vino la nieve a poner su manto sobre el valle para escribir una nueva página de esperanza.

Ayer volvimos al Calderón. Y no éramos fantasmas del pasado.



VANESSA
CARREÑO

ESTOY TRISTE Y TENGO MIEDO

Se atreve a decir que está triste cuando lo está? Y el miedo, ¿se atreve a manifestarlo cuando lo siente? Es curioso que la mayoría de las personas piensen que es mejor callarse estas cosas, cuando precisamente reconocerlas y expresarlas nos libera de ellas. Y no pasa nada por hacerlo, nadie le va a comer.

El problema es que nos atamos a la falsa seguridad que nos da pensar que si no mostramos lo que sentimos es como si lo estuviéramos controlando... Y así es como, de tanto esconder nuestra fragilidad, terminamos engañándonos a nosotros mismos, viviendo en un mundo de apariencias, haciendo como que no pasa nada. Como que no estoy triste, como que yo nunca tengo miedo y como que a mí nada me afecta, porque en eso consiste ser fuerte.

Y aquí es donde surge la contradicción, porque el fuerte no es aquel que nunca se derrumba, sino aquel que se cae y vuelve a levantarse. Porque nadie puede ser siempre fuerte, porque aceptar y mostrar nuestra propia fragilidad



es precisamente lo que nos hace poderosos y porque todos somos todo: malos y buenos, puntuales e impuntuales, frágiles y fuertes. Eso es lo que nos hace seres completos, auténticos, de carne y hueso.

Por supuesto que no le estoy diciendo que se recree en su fragilidad. Simplemente que se dé permiso para mirarla, sentirla y aceptarla. Que pida perdón, que reconozca que se ha equivocado, que se atreva a decir «hoy no estoy bien», o «esto me ha hecho daño», o «necesito un abrazo». Que se dé permiso para ser como es, porque todos somos así, aunque algunos se empeñen en esconderlo. Y que recuerde que ser fuerte es ser resiliente. Es decir, tener la capacidad de caerse, de romperse y de volver a recomponerse, las veces que haga falta. Verá que aceptar su fragilidad no sólo le conecta más consigo mismo, sino que también le permite conectar con los demás de una forma sincera y auténtica, como nunca antes. ¿O acaso no se siente más cerca de una persona cuando ésta se muestra tal cuál es, con sus miedos y sus inseguridades? Claro que sí, yo también.

www.coachingtobe.es



EL PUNTO CIEGO

JUAN GÓMEZ-JURADO

Cuando era niño, Javier Requero, mi profesor de Literatura en 1º de BUP, me dio la lección más importante que he recibido nunca a la hora de construir una novela: no todo es importante. Intentaba explicarnos la economía de personajes, y cómo es fundamental tener claro qué forma parte de la historia y qué no lo es. Recuerdo como si fuera ayer que nos dijo «imagina que caminaseis por la calle y todo el que os encontraseis fuera importante para vosotros. Sería una locura».

Precisamente ayer me volví a encontrar con esas palabras, pero no en boca de mi antiguo profesor, sino en un estudio publicado en *Journal Psychological Science*, de la New York University, que ha reali-

zando una investigación sobre la atención que prestamos, precisamente, a la gente que nos encontramos por la calle. Colocaron unas Google Glass (que registran los movimientos retinales) a personas diferentes y descubrieron que los ricos posaban sus ojos en las personas con las que se cruzaban durante mucho menos tiempo que el resto. El artículo citaba estudios anteriores, en los que se había concluido que los ricos prestaban menos atención a las personas a las que percibían como inferiores durante una conversación, o que eran menos precisos a la hora de interpretar las emociones de otras personas con un poder adquisitivo, digamos, precario. Un tercer estudio mostraba a los participantes dos vídeos, uno de la construcción de un patio en una mansión y otro el de las vidas cotidianas de niños con cáncer.

Se tuvieron en cuenta factores como raza, creencias espirituales y género, que son factores muy decisivos en la compasión. Mientras miraban los vídeos, los sujetos de la prueba llevaban monitores cardíacos, ya que está probado que nuestro ritmo cardíaco baja cuando empatizamos con otras personas. Como habrán adivinado, el corazón de los ricos no se alteró en este tercer estudio cuando vieron a los niños sufriendo.

Estamos en 2017, no en 1848, así que no procede ponernos a hablar de lucha de clases, de la presunta maldad de los que tienen dinero o de que solo llegan a ricos, precisamente, aquellos que no sienten nada por los demás. Esas simplificaciones no conducen a nada que no sea hacer el mundo más pequeño y un poco más idiota.